

Yllescas Illescas, Jorge Adrián (2018) *Ver, oír y callar. Creer en la Santa Muerte durante el encierro*, Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación General de Estudios de Posgrado, pp. 238.

Alicia Muñoz Vega ¹

Dentro de la diversidad religiosa en México se encuentran las creencias al margen institucional, es decir, aquellas que no tienen un registro ante la Secretaría de Gobernación ni son aceptadas por otras religiones mayoritarias, en este caso la Iglesia Católica. Una de ellas es el culto a la Santa Muerte. La devoción a esta deidad ha pasado de la clandestinidad a una adoración pública en la que se ha incrementado el número de devotos, la venta de artículos relacionados con ella y sus altares en diversos territorios de México. El texto que a continuación reseño es el fruto de la tesis-investigación de maestría en antropología del autor, y su aportación es destacar la religiosidad de los devotos de la Santa Muerte en el contexto de una cárcel de la Ciudad de México. Los dos contextos en los que se realizó la investigación son los internos del Centro Varonil de Reinserción Social (Cevareso), ubicado en Santa Martha Acatitla, Iztapalapa, Ciudad de México, y los devotos ex convictos del Barrio de Tepito, perteneciente a la Colonia Morelos de la ahora Alcaldía Cuauhtémoc. El tiempo dedicado al trabajo de campo fue de tres meses, de enero a marzo de 2015.

A través de cinco capítulos que conforman el libro, Yllescas logra rescatar una vasta información acerca de lo que es el sistema penitenciario en México, sus características, la arquitectura del Cevareso y las áreas con las que cuenta, las etapas

¹ Antropóloga Social por la Universidad Autónoma de Yucatán, e-mail: aliciam76@yahoo.es

por las que pasan los internos, así como las diversas formas de adorar a la Santa Muerte durante el encierro. En gran medida, logra ofrecernos un panorama de la religiosidad que se vive en prisión gracias a su arduo trabajo de campo, el cual no sólo abarcó la etnografía sino también los testimonios de los internos. De acuerdo con el autor, no existe una fecha exacta acerca del origen de la devoción a la Santa Muerte, pero sí se pueden distinguir tres etapas de su desarrollo. En la primera de ellas el culto era privado y se tienen datos de su existencia en los años 40 y 50 del siglo pasado. El segundo periodo inició en el año 2001, cuando se empezaron a ver altares en diferentes partes de la Ciudad de México y aumentó la venta de artículos usados en ellos. Por último, la tercera etapa es la de consolidación y es la que se vive actualmente. La devoción a la Santa Muerte se ha expandido en diferentes partes del territorio mexicano y fuera de él, incluso entre la comunidad de latinos que viven en los Estados Unidos. La religiosidad es diversa y sus devotos incluyen gente dedicada al comercio formal e informal, policías, desempleados, prostitutas, amas de casa, oficinistas, presos y ex presos.

Yllescas menciona que para conocer las diferentes formas de culto es necesario investigar el mundo de los devotos. Así que dada la importante frecuencia de devotos con experiencias carcelarias directas e indirectas, decidió elegirlos a ellos como sus sujetos de estudio (p. 34). Esta información general es presentada en los capítulos 1 y 2 de la obra. El trabajo etnográfico empieza a partir del capítulo 3. El autor menciona que la arquitectura del Cevareso es de tipo panóptico y sus edificios cuentan con cancha de basquetbol, comedor, tienda, baños generales, distribuidor de alimentos, habitaciones para las visitas conyugales, cocina, panadería, tortillería, lavandería y almacenes. Este centro también posee naves industriales donde se elaboran cubiertos de plástico, joyería de fantasía y artesanías, campos deportivos, auditorio de usos múltiples, palapas para las visitas familiares y un centro escolar. Yllescas relata que el Cevareso cuenta con una sección llamada Gobierno, donde se encuentran los funcionarios que conforman su equipo de trabajo. Así también tiene un área de clasificación en la que trabajan psicólogos, criminólogos y trabajadores sociales y es donde se clasifican a los internos de acuerdo a sus antecedentes y pruebas que definen su perfil para asignarles el espacio que deberán ocupar. Además existen al menos dos tipos de pasillos: internos y externos. Los primeros son los de los edificios en donde se encuentran las estancias de los internos, mientras que en los segundos se recorre toda la zona de la prisión y la población está al exterior de sus estancias (p.49).

En cuanto a la población carcelaria -señala el autor- ésta se distingue por el tipo y color de vestimenta. Los internos usan camisola y pantalón beige, playera blanca y tenis; mientras que los custodios usan ropa negra con insignias de seguridad y botas. En esta parte del texto, Yllescas menciona que en el Cevareso, como institución total, existen dos grupos. Por un lado la burocracia, que se encarga de la vigilancia, y los internos, que son los sometidos y cuyas actividades cotidianas, al vivir en una prisión, son controladas por el grupo opresor. Además, Yllescas señala que la población se ubica en cuatro áreas o dormitorios que tienen asignada una letra: A, B, C y D. Estos a su vez se dividen en AA, AB, AC, AD; BA, BB, BC, BD, y así sucesivamente. Cada zona tiene tres niveles y cada uno tiene entre 12 y 16 estancias. En el dormitorio A se encuentran los reincidentes habituales y de rasgos antisociales; en el B se localizan los reincidentes con características específicas o que han entrado por la misma falta como delitos patrimoniales y robo; en el C están quienes cuyo riesgo social va de medio a bajo, y en el dormitorio D las estancias son individuales y las ocupan los internos que han tenido una trayectoria favorable. Se trata de una clasificación de acomodo lineal y progresivo. Así un interno puede pasar del dormitorio A al D. En la zona A también se encuentra la “zona de castigo”, donde son enviados quienes comenten alguna falta grave. Cabe mencionar que en el penal hay una parte restringida identificada como letra E y conocida como “Diamante”. Es una pequeña cárcel dentro del Cevareso cuya administración es diferente y a la cual Yllescas no tuvo acceso. En esta área se encuentran los internos más peligrosos y visten ropa de color azul.

El Cevareso también cuenta con espacios al aire libre en los que los internos pueden interactuar en distintas actividades como talleres culturales, labor religiosa y ejercicios. Asimismo existen dos capillas, una católica y una cristiana, las cuales están registradas ante la Secretaría de Gobernación y sirven para fortalecer lazos familiares y en la readaptación de los internos (p. 67). Otros espacios los ocupan las tienditas y los teléfonos públicos. En resumen, el Cevareso es diferente al resto de las cárceles que existen en la Ciudad de México porque posee un programa centrado en la atención a jóvenes primodelincuentes que provienen de otros centros penitenciarios de la Ciudad de México, un sistema de clasificación relacionado con la adaptación a la vida penitenciaria, un registro del comportamiento de los reclusos y dos cárceles en un espacio. Una llamada “Oro”, la descrita anteriormente y donde se realizó la investigación, y otra conocida como “Diamante”, donde se encuentran los presos de alta peligrosidad (p. 69).

La información más valiosa para el tema de estudio se concentra en los

capítulos 4 y 5, ya que en estos apartados es donde el autor se enfoca en describir y analizar cómo es la vida de los internos en el Cevareso, así como las diversas formas de devoción que tienen hacia la Santa Muerte. Esto último incluye tanto a los presos como a los ex presidiarios. Yllescas cita a David Matza, de quien tomó el concepto de “Deriva”, que se refiere al tiempo en que los delincuentes están libres para cometer actos ilícitos. Con base en esa noción y en los testimonios de los reclusos, el autor encontró que las tres etapas por las que pasa un preso son tres: “La deriva”, “El carcelazo” (en el lenguaje de los internos) y “La adaptación”. El autor menciona que en “La deriva” los internos relatan sus vivencias en la calle antes de ser detenidos y cómo la Santa Muerte les ayudó; “El carcelazo” es cuando los delincuentes viven su detención y encierro. En esta etapa los internos sufren un despojo que afecta su persona, su tiempo y actividades cotidianas porque a partir de allí sus vidas son controladas por la burocracia carcelaria y ya no son libres para disponer del tiempo y sus contactos con gente externa. Es aquí cuando también se hace presente la religiosidad, cuando los devotos de la Santa Muerte se acercan a ella en busca de fortaleza para poder soportar el encierro. Finalmente, “La adaptación” consiste en comprender la dinámica de la cárcel y encontrar la manera de adaptarse a ella. Según el personal del Cevareso, la adaptación puede ser positiva si el interno se rehabilita y negativa si es reincidente. En esta última fase los internos aprenden conductas y un nuevo lenguaje usado en la cárcel. Por ejemplo la expresión “La hora del rancho”, que se refiere a la hora de la comida que se sirve en la prisión, “El genere”, que son las formas en que los internos obtienen ingresos para satisfacer sus necesidades, y “Borrego”, que son los internos que sirven de cómplices y delatores de los custodios o de las autoridades.

El quinto y último capítulo está dedicado a conocer y analizar la religiosidad de los devotos de La Santa Muerte en el Cevareso. Para ello, Yllescas identificó tres elementos importantes durante el culto: los altares sobre las repisas de las estancias, los murales en los pasillos y dentro de las celdas y los tatuajes de los internos. La mayoría de los objetos religiosos registrados eran de la Santa Muerte y el Diablo. Este material revela que la adoración a la Santa Muerte es parte de un campo más amplio dentro de las prácticas religiosas; que los altares indican relaciones de poder entre los internos. De esta manera, dependiendo del material utilizado, ofrendas, tamaño y espacio ocupado también se conoce si sus dueños tienen más poder y dinero. Los murales se utilizan también para colocar altares y en ellos se pueden observar nombres de personas y oraciones, quemaduras de cigarros y sangre. A veces en un mismo altar están juntos la Santa Muerte y el Diablo debido a que son personajes muy similares en tanto que se les asocia con la maldad. Por último, el autor señala que los tatuajes

se pueden interpretar como un altar más en el cuerpo de los devotos. A través de ellos, los creyentes recuerdan su vida en libertad o con su familia, sus vivencias dentro de la cárcel y expresan su fe. Esa otra forma de religiosidad les sirve para protegerse de un mal o invocarlo y como identidad. Una identidad no asociada con un adhesión a otros creyentes, sino como una iniciativa personal y una preferencia estética (p. 166). Sin embargo, la devoción a la Santa Muerte es rutinizada y sujeta a los tiempos y actividades establecidas por las autoridades carcelarias, lo que la convierte en una libertad religiosa limitada.

El culto a La Santa Muerte es considerado por Yllescas un tipo de resistencia por parte de los internos hacia la burocracia carcelaria, pero también una forma de resiliencia ante el poder carcelario. El autor concluye que “es posible sostener que las religiones dentro de la cárcel pueden ser también formas de dominio sobre los internos” (p. 179) cuando se trata de las religiones oficiales porque según él, se pretende “ayudar” a los presos por medio de las enseñanzas de Dios y “obligándolos a asistir a sus liturgias”. Por el contrario, él estudia el culto a la Santa Muerte, el cual representa para los internos una resistencia al poder carcelario. A grosso modo, las fortalezas de la obra de Yllescas son las siguientes. Primera, enriquece los estudios sobre la Santa Muerte como son su diversidad de adoración dependiendo de la comunidad de creyentes, lugar y espacios de culto. Y segunda, la manera magistral en la que se puede hacer una investigación antropológica dentro de la gran urbe y en un lugar tan peligroso como lo es una cárcel. En cuanto a las debilidades del texto que pueden servir para mejorar futuras investigaciones se refieren a la inclusión de los conocimientos teológicos y la Biblia como texto obligatorio, ya que en la obra que aquí se reseña el autor trata de manera implícita dos casos de conversión religiosa. Uno de ellos de un interno que adoraba a la Santa Muerte y luego se convirtió en cristiano, y otro de un cristiano luego convertido en devoto de la Santa Muerte. Asimismo, en las conclusiones se destaca el control que se ejerce en las cárceles a través de las religiones oficiales. Por último, es relevante incluir la parte teórica acerca de lo que es el testimonio y su importancia en las religiones si la mayor parte de información que enriquece la investigación proviene precisamente de los testimonios de los internos y ex presidiarios.

